

Lautaro Yankas

## Esquema de Luis Durand



A obra literaria de Luis Durand nos lleva a compás tranquilo y seguro hacia la naturaleza viva, rica, apacible o arisca, de nuestra tierra y de nuestra raza. Quien haya hojeado el más distante de sus libros, distante en el orden numérico ya que no, de ningún modo, en el tiempo, que acrisola y actualiza los valores legítimos, habrá sentido en plenitud la intimidad de lo nuestro, de nuestros cerros lamidos o greñudos, de nuestras quebradas, de nuestros caminos entre alamedas por donde pasan los piños envueltos en nubes de polvo iluminado. El hombre adusto que sale a la puerta del rancho con el cigarro de hoja en los labios, o el mocetón que encabrita su bestia de puro soberbio y pujante en su taimada humildad, la vieja murmuradora y sentenciosa o la moza torva y querendona que se da en los trigales o bajo los maquis, son la raza, la pasta y la sangre nuestras, vertidas con la honradez del talento indudable en el bótijo simple y fresco de un estilo sin aliños, maceraciones ni torturas. Obra tal merece no sólo el respeto sino la admiración que lo enoja, en tiem-

pos como el actual en que toda obra literaria es sometida al criterio burgués, donde apunta, entrañada, la chispa de la sospecha ideológico social, torvo de intenciones. Hace ya mucho tiempo que el lente de la crítica interesada pesa como una cruz sobre la literatura, en macabro olvido de que el escritor y el poeta llevan en su ser una voluntad de crear, lo que supone un derecho primario a ser comprendido, por encima de las fórmulas y de los credos estéticos o sociales. Milagrosamente, la obra de Durand, aunque se nutre en el sufrimiento humano, se mantiene a cubierto de sospechas, pues en cada uno de sus tipos, en el limpio caudal de la trama de sus cuentos, brilla con clara luz o sombríos resplandores, la pureza del corazón. No hay pues, en esta obra, ideología social subterránea, rebeldía alguna que pueda inquietar a nadie.

Revisando la ya fecunda obra de Durand, se advierte su sentido trágico, sin dramatismo. La clara visión que posee de la vida campesina nuestra, ha impregnado sus narraciones de esa pasividad triste, con matices alegres y reacciones ciegas y funestas, que se ha dado en denominar el fatalismo de la raza. Una obra ambientada en el inquilinaje y la peonada no puede ser sino trágica. La fina percepción de los contrastes, bien ejercida por el escritor que comentamos, ha logrado tender sobre los fondos tétricos de la existencia campesina, el telón luminoso del humor.

Si juzgáramos la obra de Durand de acuerdo con nuestro gusto y con nuestro concepto del arte literario

frente a la vida, diríamos que es pálida, excesivamente localizada y folklórica, por dejar a las fuerzas universales de la pasión y del sentimiento un escape estrecho, en beneficio de la nota ambiente. El argumento, en tales condiciones se resiente y se filtra. El campesino actual es una entidad en lucha frente al patrón que lo domina. Una relación distinta y nueva une al inquilino y la tierra y un gesto asimismo diverso clava el hombre en el tiempo presente y futuro. Basta recorrer nuestra tierra para advertirlo. A la queja habitual y triste ha sucedido el sufrimiento humillante y la exaltación sin control y sin fruto. Un arte sugestivo, de pupila audaz, hecho, más para el deleite que para la inquietud integral, podría captar esta evolución íntima del hombre y sus formas sensibles. Mas, ya lo dijimos, un criterio personal y extraño para juzgar una obra literaria o artística, vale a lo más como punto de ubicación del juicio, sea éste de similitud o contraste, desde que ante todo y por sobre todo prevalece la posición espiritual del creador. Obvio es decir que hablo de creadores y de crítica digna.

Pues bien, el espíritu tranquilo supone visión tranquila del medio y del sujeto. La obra de Durand es apacible e idílica, no obstante su sentido trágico. Nada, sugerencias personales, hechos o lecturas, podría alterar sus nítidos contornos, ni las raíces de su emoción siempre sumergidas en la fuente serrana, junto al rancho faldero aureolado por nuestros cielos incomparables.

Ha sabido este escritor obedecer el mandato que surge de la tierra potente en toda la extensión indoameri

cana; su irrupción en la obra literaria se consuma una vez más. Al afirmar que la prosa de Durand es desaliñada y suelta, plena de aire campero, hacemos su elogio. La hierba en la loma entreabre los ásperos terrones para respirar y beber el sol a su gusto; la prosa de Durand se remueve y extiende luego libremente, ebria de cielos. No hay en sus frases preocupación estilística. Escribe como habla, con giros personales o simplemente criollos, sabrosos, de jugosidad sugerente. Acaso sus períodos delaten redundancias verbales, y en esto no hace sino interpretar el afán expresivo del tipo campesino.

«Campesinos», que acabamos de leer por segunda vez, proclama la cualidad anotada: la fluidez natural, generosa. El fondo, siempre doloroso, encuentra en la forma el cauce expedito, de suave pendiente. No sabemos, en verdad por cuál de esos cuentos decidimos; en todos se advierte el don de la composición, de la relación en el ambiente, la valorización de los tipos. Sólo en la concepción misma y en la disposición de los elementos dramáticos, podemos señalar diferencias y ventajas precisas. En tal sentido «Cuesta arriba» y «Vino tinto» se evidencian muy superiores al resto de la colección. «Cuesta arriba» me parece el cuento más vigoroso salido de la pluma de Durand. En él los tipos y el paisaje forman un bloque de tragedia desde la primera a la última línea. La reciedumbre del paisaje y su imposición sobre el hombre se destacan con real y hasta sobria intensidad, acierto que denota en el escritor un sentido cada vez más neto y hondo del ambiente.

La obra de Durand, comenzada hace algunos años, marcha con ritmo seguro y revela una conciencia de escritor frente a nuestra realidad campesina local. Los triunfos obtenidos le darán, sin duda, el impulso necesario para realizar aquella labor de mayores proporciones a que su talento lo hace merecedor.